

El «Padre» en el Catecismo de la Iglesia católica

En el camino del Jubileo 2000, este año miramos de manera especial a Dios Padre, el principio y fin de nuestra existencia: el Dios Creador, el Dios Amor, que envió a su Hijo y a su Espíritu, que es la fuente de toda vida, amor y paternidad, y al que Jesús enseñó a dirigirnos como Padre.

En esta ponencia queremos presentar lo que el *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CEC)² nos dice del Padre en su II Parte, la litúrgica, titulada: *La celebración del misterio cristiano*. Lo primero que se constata es el espacio relevante que tiene la liturgia en el Catecismo -no solamente en la parte específicamente reservada, sino en el conjunto del mismo- cuyos números superan un tercio del Catecismo.³ Quiere ser una ayuda para reorientar nuestra vida hacia Él: porque todo viene del Padre y vuelve hacia Él, según la teología litúrgica que tan bien estudió C. Vagaggini en 1957, en su obra aún vigente *El sentido teológico de la liturgia*⁴, haciendo ver las preposiciones que san Pablo utilizaba en su visión de la historia de la salvación: *del* Padre, *por* el Hijo y *en* el Espíritu, nos viene a nosotros

¹ El Autor es sacerdote diocesano de la Arquidiócesis de Montevideo (Uruguay), y doctor de en Liturgia por el Pontificio Instituto San Anselmo, de Roma. Publicó en *CuadMon* 31 (n° 118) 1995, pp. 322-351: *Los libros litúrgicos medievales (s. IV-XVI)*.

² Me refiero siempre a la edición castellana (*Catecismo de la Iglesia Católica*, Conferencia Episcopal Argentina, edición preparada y difundida por Editorial Claretiana, 1993).

³ «*La celebración del misterio cristiano*» con sus 624 artículos y la parte dedicada a la oración con 305 artículos forman un grupo de 929 números sobre un total de 2865 que comprende todo el catecismo.

⁴ C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia. Ensayo de liturgia teológica general* = BAC 181, Madrid 1965. Para C. Vagaggini, osb (+ 1999) la liturgia no fue primariamente materia de historia y especulación, sino la primera y más auténtica manifestación de la vida de la Iglesia. Basta citar su obra clásica, anteriormente mencionada, que ha obtenido múltiples ediciones y ha sido traducida en diversas lenguas. Es imposible no mencionar su papel en la reforma litúrgica. Sus intervenciones en todos los problemas de la reforma litúrgica fueron no sólo constantes, sino a menudo determinantes.

1. La celebración del misterio de Cristo

Queremos ver la imagen del Padre que aparece en la Parte II del *CEC* pues ello nos ayudará a participar mejor de la liturgia y tomar conciencia de ¿cómo invocamos a Dios, cómo le rezamos? Y el modo de celebrarlo, ¿cómo influye en nuestra espiritualidad?

El *CEC* explica en la primera parte (nn. 26-1065) el Símbolo de la fe, por el cual la Iglesia confiesa el misterio de la Santísima Trinidad y su designio, la «Economía del misterio» que abarca toda la creación: Dios entrega a su Hijo muy amado y a su Espíritu para salvación de los hombres y gloria de su nombre.

En la segunda parte (nn. 1066-1690), la más original y rica, explica el modo por el cual el misterio de salvación es comunicado en el tiempo posterior a la resurrección y ascensión de Cristo. El gran sacramento para la comunicación es la Iglesia, que tiene como fuente y culmen de toda su vida la celebración litúrgica. Por ello esta parte se llama «*la celebración del misterio cristiano*». Su desarrollo consta de una sección sobre la liturgia en general -la economía sacramental- y otra sobre los sacramentos en particular -los siete sacramentos de la Iglesia-. Es en la primera sección donde aparece el Padre al presentarnos «La liturgia obra de la Santísima Trinidad» (1077-1112).

Creo importante brevemente clarificar qué se entiende por «Misterio Pascual» y por «celebración» ya que son las dos categorías de la teología litúrgica que aparecen en el título de la segunda parte del *CEC*.

1.1 Misterio Pascual

¿Qué es lo que la liturgia celebra? «en la liturgia, la Iglesia celebra principalmente el Misterio pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra redención» (n.1067)⁵.

⁵ Esta categoría del Misterio Pascual es el eje en torno a la cual se organiza todo el argumento litúrgico del *CEC*. Cf. A. CUVA, *La liturgia celebración del misterio pascual*, en: *Salesianum* 56 (1994), pp. 285-312. El objetivo de este artículo es presentar en sus grandes líneas la doctrina del Misterio pascual celebrado en la Liturgia tal como lo trata el *CEC*.

El Catecismo con la expresión «Misterio pascual» entiende abrazar, el misterio de la bienaventurada pasión y gloriosa resurrección de Jesucristo, toda la obra salvífica por Él realizada. Es el misterio de la voluntad divina según el benévolo designio (cf. *Ef* 1,9), los misterios de las «maravillas de Dios» veterotestamentarias realizadas en la plenitud de los tiempos (cf. *Gal* 4,4), es el misterio de la encarnación, el misterio del pasaje de la muerte a la vida a través de la pasión, resurrección y elevación a la derecha del Padre, el misterio de la efusión del Espíritu Santo y el misterio de la parusía del Señor.

Cada uno de los misterios o hechos históricos de la vida de Cristo, todos ellos concentrados en la expresión Misterio pascual, se hace presente a los fieles en los sacramentos de la Iglesia (nn. 1113-1134), en las «acciones sacras» que constituyen la celebración sacramental del Misterio pascual (nn. 1135-1199). Es el mismo Cristo que en los sacramentos actúa y comunica los frutos de su Misterio pascual. Dicho con otras palabras: en el tiempo de la Iglesia, por medio de la celebración se actúa la economía sacramental (n. 1076).

El actual Catecismo -al igual que la doctrina conciliar (cf. por ejemplo *SC* 5)- utiliza la expresión «Misterio pascual» en su doble acepción: cristológica y soteriológica, o sea, en Cristo y para nosotros; en el centro de la historia de la salvación y en el centro de la liturgia.

El Misterio pascual de la pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo, o dimensión cristológica del Misterio pascual, indica el hecho de la obediencia de Jesús a la voluntad del Padre aceptando la muerte en la cruz para llevar a cabo «la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios» (*SC* 5). El Misterio pascual para nosotros, o sea, en su acepción soteriológica, es «la obra de nuestra redención» (*SC* 2,5): por este misterio, «con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida»⁶. Para nosotros, el Misterio pascual indica la recepción actual de la vida divina que brota de la humanidad glorificada de Cristo, instrumento de nuestra salvación, a través de la Palabra y los sacramentos.

El Misterio pascual es el centro de toda la historia de la salvación porque constituye el acontecimiento decisivo que abarca toda la historia, cumpliendo cuanto anunciaba y significaba la Pascua del Antiguo Testamento, e inaugurando los tiempos últimos de la salvación perfecta y total. El Vaticano II y en continuidad con él el *CEC* «al calificar como

⁶ *Misal romano*, prefacio I de Pascua.

Pascua toda la obra redentora de Cristo, no sólo ha querido colocar esta obra redentora como cumplimiento real de lo que la Pascua significaba y preparaba, sino que le ha asignado el lugar único y eminente que en la revelación del designio de salvación está reservado precisamente a la Pascua misma, es decir, el lugar central»⁷. El Misterio pascual es el centro de la liturgia porque ésta consiste esencialmente en la actualización sacramental de la salvación efectuada por Cristo. Por eso la liturgia viene a ser el medio eficaz de incorporación de los hombres al Misterio pascual de Jesucristo. «La liturgia tiende, pues, esencialmente a hacernos vivir la salvación-Misterio pascual en sus particulares momentos, y esto actualizando en nosotros el mismo Misterio pascual tomado en su momento culminante: muerte y resurrección de Jesucristo»⁸.

1.2 Celebración

La otra categoría que el *CEC* pone en relieve es la de «celebración». El nuevo Catecismo decididamente opta por esta categoría al presentarnos a la liturgia como celebración. En este sentido también se coloca en la senda de la *SC* que utiliza la categoría «celebración» para describir la liturgia⁹; y muchas veces es utilizado como sinónimo de liturgia. «Celebrar» es sin duda el término más reiterado en la *SC*¹⁰. De hecho en los textos litúrgicos de los sacramentarios latinos y el misal romano está también omnipresente. El concilio lo interpreta en la línea del actualizar y el expresar. Hoy hay una fuerte tendencia a centrar la definición o interpretación de lo que es liturgia en torno a esta categoría. Por eso la bibliografía es muy amplia¹¹.

⁷ S. MARSILI, en: *Anamnesis I* (Ed. Marietti, Casale Monferrato 1974) 98; cf. *ib.*, pp. 96-100: *La liturgia attuazione del mistero pasquale*.

⁸ S. MARSILI, *o.c.*, p. 100.

⁹ El término «celebración» aparece en 32 ocasiones en la *SC*. A partir de estos textos surge que la liturgia como celebración implica: reunirse, expresar y manifestar; dar gracias y alabar, realizar acciones sagradas (rituales, simbólicas) actualizar.

¹⁰ *SC* 6; 7; 8; 24; 26; 27; 28; 35; 41; 59; 102 y 103. *SC* 41 nos dice que las *celebraciones litúrgicas* manifiestan a la Iglesia a través de la reunión de sus miembros (cf. *SC* 6), de la Palabra y los signos (cf. *SC* 24, 35), a través del memorial hecho ciertos días del ciclo anual (cf. *SC* 102, 103).

¹¹ El manual de liturgia en tres tomos publicado por la Asociación de profesores de Liturgia de España, bajo la dirección de D. BOROBIO lleva por título: *La celebración en la Iglesia*, Salamanca, I (1985), II (1988) y III (1990). Una buena parte del primer tomo

En el contexto cristiano, los términos «celebrar» y «celebración» sirven para caracterizar casi exclusivamente un acto litúrgico propiamente tal¹². Por ello cuando hablamos de «celebración» (litúrgica) entendemos el acto litúrgico propiamente dicho. Afirmando esto, podemos decir que la celebración es acción de la asamblea reunida, obra de la Iglesia que no se limita a la contemplación de la intervención salvífica de Dios en Cristo, sino que ilustra sus contenidos en una amplia variedad de ritos, los cuales, además, realizan todo lo que es el objeto de la misma celebración. Celebrar es actuar en forma ritual. Por tanto la celebración litúrgica está constituida por ritos, que son su lenguaje específico.

La celebración es el momento expresivo, simbólico, ritual y sacramental de la liturgia; es decir, es el acto que evoca y hace presente, mediante palabras y gestos, la salvación realizada por Dios en Jesucristo con el poder del Espíritu Santo.

Al presentarnos la liturgia como *celebración* se está poniendo en relieve que la liturgia es una acción, un hacer; se realiza una secuencia ritual determinada por parte de la asamblea para glorificar a Dios y santificar a los hombres¹³. La celebración en cuanto acción concreta comprende: un *acontecimiento* que motiva la celebración: no se celebran ideas sino hechos que se hacen presentes por la Palabra de Dios; una *comunidad* que se hace asamblea, una *situación festiva* que lo envuelve todo y un *ritual* que se ejecuta¹⁴.

Hechas las aclaraciones terminológicas necesarias sobre estas dos categorías de la teología litúrgica podemos concluir que, como el

está dedicada a elaborar una fenomenología y una teología tanto de la liturgia como del sacramento desde el punto de vista de la celebración. Igualmente la Asociación de profesores italiana de Liturgia acaba de publicar el primer tomo de otro manual cuyo título es: *Celebrar el misterio de Cristo. La celebración: introducción a la liturgia cristiana*, Roma 1993.

¹² Cf. M. SODI, *Celebración*, en: D. SARTORE- A. M. TRIACCA (eds.), *Nuevo Diccionario de Liturgia* (Ed. Paulinas, Madrid 1987), pp. 333-353, de aquí en adelante lo citaremos como *NDL*.

¹³ La liturgia es una acción, un conjunto de signos «performativos» que nos introducen en comunión con el Misterio, que nos hacen experimentarlo más que entenderlo. Es una celebración y no una doctrina o una catequesis. El mundo de la liturgia pertenece, no a las realidades que terminan en «—logía» (como por ejemplo teología), sino en «—urgía» (dramaturgia): es una acción, una comunicación total, hecha de palabras, pero también de gestos, movimientos, símbolos, acción.

¹⁴ Cf. J. LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la Verdad. Introducción a la liturgia = Agape 5* (Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1987), pp. 201-227, aquí pp. 212-218.

acontecimiento que se celebra es la Pascua de Jesús, la celebración es la actuación ritual del Misterio pascual de Cristo por parte de la asamblea. 411

2. La liturgia obra de la Trinidad

Todas las obras de Dios fuera de su misma divinidad –la creación, la redención y la santificación- tienen como sujeto las tres Personas divinas. La liturgia, continuación de la redención para la santificación de los hombres es también acción trinitaria.

2.1 El Padre, fuente y fin de la liturgia

El Padre, principio sin principio de la íntima vida divina, es también principio de la liturgia y de los sacramentos. Es principio de la liturgia porque es Padre, como en la vida íntima de la Trinidad.

El catecismo propone como categoría que abarca toda la economía la *bendición*. Todo empieza por la bendición del Padre. La historia entera está bajo esta gran bendición divina, a la que todo debe responder también como una bendición al Padre. El Catecismo en el 1077 elige el texto estupendo de la *Carta a los Efesios* que ilumina todo el argumento: *Ef 1,3-6*.

La gran bendición divina, que se da a los seres vivos y en especial al varón y a la mujer, pasa por Noé, Abraham y la historia del Pueblo escogido, que alaba y agradece a su Señor. En la Sagrada Escritura, desde la narración de la creación hasta los cánticos de la Jerusalén celestial, todo es un designio de bendición (1079-1080).

El *CEC* nos describe la bendición en los siguientes términos:

«*Benedicir* es una *acción divina* que da la vida y cuya fuente es el Padre. Su bendición es a la vez palabra y don (*bene-dictio, eu-logia*). Aplicado al hombre, este término significa la adoración y la entrega a su Creador en la acción de gracias»¹⁵.

La bendición es la acción divina a favor de los hombres (*Ef 1,3*). Ella nos muestra el amor misericordioso de nuestro Dios hacia su pueblo. Culmen de esta historia es Cristo, en quien Dios nos ha colmado de

¹⁵ *CEC* 1078. Los subrayados en los números citados del *CEC* son nuestros.

412 bendiciones (cf. *Ga* 4,4; *Ef* 1,3). Así la antigua maldición se convirtió en bendición. Esta es la dimensión *descendente* de la bendición por la cual el hombre es salvado. Pero la bendición implica también una dimensión *ascendente*: al reconocer las maravillas que Dios hace en nosotros, su Espíritu despierta en nosotros la adoración y la acción de gracias. Esta doble dimensión de la bendición el CEC la expresa en los siguientes términos:

«Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las bendiciones espirituales con que el Padre nos enriquece, *la liturgia cristiana tiene una doble dimensión*. Por una parte, *la Iglesia*, unida a su Señor y bajo la acción el Espíritu Santo (*Lc* 10,21), *bendice al Padre* por su don inefable (*2 Co* 9,15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre la ofrenda de sus propios dones y de *implorar que el Espíritu Santo venga* sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida para alabanza de la gloria de su gracia (*Ef* 1,6)»¹⁶.

El CEC en la cuarta parte al describir los distintos tipos de oración, vuelve hablar del doble movimiento de la bendición:

«*La bendición expresa el movimiento* de fondo de la oración cristiana: *es encuentro de Dios con el hombre*; en ella, el don de Dios y la acogida del hombre se convocan y se unen. La oración de bendición *es la respuesta del hombre a los dones de Dios*: porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir a su vez a Aquel que es la fuente de toda bendición».

«*Dos formas fundamentales expresan este movimiento*: o bien la oración asciende llevada por el Espíritu Santo, por medio de Cristo hacia el Padre (nosotros le bendecimos por habernos bendecido; cf. *Ef* 1,3-14; *2 Cor* 1,3-7; *1 P* 1,3-9); o bien implora la gracia del Espíritu Santo que, por medio de Cristo, desciende de junto al Padre (es Él quien nos bendice; cf. *2 Co* 13, 13; *Rm* 15, 5-6.13; *Ef* 6, 23-24)»¹⁷.

¹⁶ CEC 1083.

¹⁷ CEC 2626-2627.

«La *Eucaristía* es un sacrificio de acción de gracias al Padre, una *bendición* por la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. «Eucaristía» significa, ante todo, acción de gracias»¹⁸.

2.2 *El Hijo, significa y realiza su Misterio Pascual*

La liturgia es ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (SC 7), es decir, continuación en el tiempo de su acción sacerdotal mediante la cual se efectúa la obra de nuestra salvación. En la liturgia se hace presente, se nos ofrece la salvación, es decir, el Misterio pascual de Cristo:

«En la Liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual. Durante su vida terrestre Jesús anunciaba con su enseñanza y anticipaba con sus actos el misterio pascual. Cuando llegó su hora (cf. Jn 13, 1; 17, 1), vivió el *único acontecimiento de la historia que no pasa*: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre una vez por todas (Rm 6, 10; Hb 7, 27; 9, 12). *Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular*: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. *El acontecimiento de la Cruz y de la resurrección permanece y atrae todo hacia la Vida*»¹⁹.

La constitución sobre la sagrada Liturgia del Vaticano II ha puesto de relieve que la celebración es acción del Cristo que está presente y actúa²⁰.

¹⁸ CEC 1360.

¹⁹ CEC 1085.

²⁰ SC 7. Cf. A. CUVA, *La presenza di Cristo nella liturgia* (Roma 1973); J. M. BERNAL, *La presencia de Cristo en la liturgia*, en: CONGREGAZIONE PER EL CULTO DIVINO (a cargo de), *Costituzione liturgica «Sacrosanctum Concilium»*. Studi (Ed. Liturgiche, Roma 1986), pp. 123-156; J. CASTELLANOS, *Presencia y acción de Cristo en la liturgia*, en: *Phase* 222 (1997), pp. 455-477.

414 La liturgia es siempre acción de Cristo presente en ella. Esta presencia de Cristo en la liturgia constituye uno de los puntales de la enseñanza del Vaticano II sobre la liturgia (SC 7) que el Catecismo cita íntegramente:

«Para llevar a cabo una obra tan grande la dispensación o comunicación de su obra de salvación, *Cristo está siempre presente* en su Iglesia, principalmente *en los actos litúrgicos*. Está presente en el sacrificio de la misa, no sólo en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sino también, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues es El mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura. Está presente, finalmente, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (*Mt 18,20*)»²¹.

ROBERTO RUSSO

Esta presencia de Cristo en la liturgia hace que las acciones litúrgicas sean eficaces. Por esto el Catecismo afirma, hablando de los sacramentos, que ellos: «realizan *eficazmente* la gracia que significan en *virtud de la acción de Cristo* y por el poder del Espíritu Santo» (CEC 1084) y en general al referirse a la liturgia: «*Cristo* (en la liturgia de la Iglesia) *significa y realiza* principalmente su misterio pascual» (CEC 1085).

2.3 El Espíritu Santo, hace presente a Cristo

El CEC resume sintéticamente la doctrina del Espíritu Santo en la liturgia:

«... el Espíritu Santo *prepara* la Iglesia para el encuentro con su Señor, *recuerda y manifiesta a Cristo* a la fe de la asamblea; *hace presente y actualiza* el misterio de Cristo por su poder transformador; finalmente, el Espíritu de comunión *une* la Iglesia a la vida y a la misión de Cristo»²².

Cristo está presente y actúa en la liturgia. Pero, según el principio

²¹ CEC 1088.

²² CEC 1092. Estos principios de la pneumatología litúrgica se encuentran repetidos en el n. 1112 y en su paralelo el n. 737.

enunciado por Ambrosio, «ni Cristo puede ser sin el Espíritu, ni el Espíritu sin Cristo»²³ se debe admitir la inseparabilidad de sus presencias y acciones, tanto que debe profesarse con firmeza que toda celebración litúrgica se orienta en su finalidad hacia el Padre y es cristocéntrica, porque está bajo el influjo del Espíritu Santo.

Así como el Espíritu Santo desde el momento en que el misterio comienza a hacerse presente en la historia salvífica, actúa para manifestarlo, de la misma manera, es el mismo Espíritu que, por su presencia y acción invocadas *-epiclesis-* en la celebración, hace presente a Cristo. Donde se actúa la presencia de Cristo, esto sucede por obra del Espíritu Santo.

Sabemos que el Padre todo lo realiza por Jesucristo, su Hijo, con la fuerza operadora del Espíritu Santo. El Padre actúa con «sus dos manos» que según san Ireneo de Lyon expresan bien la acción trinitaria, por Cristo y en el Espíritu, tanto en la creación como en la recreación:

«El hombre es como un compuesto de alma y de carne formado a semejanza de Dios y plasmado por sus manos, es decir por el Hijo y por el Espíritu, a los cuales dijo: Hagamos al hombre»²⁴.

En la liturgia sucede lo mismo. Nada sin el Verbo, nada sin el Espíritu. Todo en el Verbo y en el Espíritu. Por esto la liturgia es siempre acción conjunta *-synergia-*²⁵ de Cristo y el Espíritu Santo²⁶. El Espíritu, en la

²³ AMBROSIO, *De Spiritu Sancto* III, 7, 44 «Neque Christus sine Spiritu, neque Spiritus potes esse sine Christo». Véase también *ibidem.*, I, 3,54: «Idem est Spiritus Dei, qui Spiritus Christi est».

²⁴ IRENO, *Adversus Haereses* 4, 20,1,3: PG 7,1032. Otro texto semejante: «En cuanto al hombre, Dios lo hizo con sus propias manos -es decir el Hijo y el Espíritu- y él dibujó sobre la carne moldeada su propia forma de modo que incluso lo que fuese visible llevase la forma divina»: cf. *Demostración de la predicación apostólica II* = SCh 62,48-49, citado por el CEC 704.

²⁵ *Synergia* (de *syn-érgon* = co-acción) significa «energía» conjuntada, poder, capacidad, acción coincidente, la colaboración nacida de la unidad de energías. Es un término clásico entre los Santos Padres, para presentar la novedad de la unión de Dios y del hombre en Jesucristo mediante el Espíritu Santo. El término supera las categorías escolásticas de causalidad instrumental y moral de los sacramentos. La *synergia* de Cristo y del Espíritu, así como la del Espíritu y de la Iglesia, es una notable clave para comprender el misterio de la liturgia. Cf. J. CORBON, *Liturgia de fonte* (Ed. Paulinas, Sao Paulo 1981), p. 11; p. 27, nota 4; p. 74, nota 1.

²⁶ Es muy interesante la reflexión teológica que hace J. CASTELLANOS, *Entre Cristo y el Espíritu. Las dos manos del Padre y su acción conjunta en la liturgia*, en: *Phase* 223 (1998), pp. 17-29. El autor intenta abrir pistas sapienciales para una mejor comprensión de la relación entre Cristo y el Espíritu, en particular en el campo litúrgico.

416 liturgia, actúa para manifestar a Cristo²⁷. Como afirma el CEC: «en cada una (de las celebraciones) tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio» (CEC 1104).

En cada celebración litúrgica se invoca al Espíritu Santo. No hay celebración litúrgica sin *epiclesis*²⁸. Con la *epiclesis* -categoría pneumatológica de la teología litúrgica-, «la Iglesia invoca la presencia del Espíritu en la liturgia para que se ritualicen los misterios de la salvación. Esto se realiza durante la acción litúrgica cuando el sacerdote, a través de esta súplica, invoca al Padre para que envíe su Espíritu y haga presente en los signos y en las palabras a Cristo y sus acciones salvíficas (los sacramentos), para la gloria de Dios y la santificación de los hombres. Presta atención -afirma san Ambrosio- que es Dios quien da el Espíritu Santo. No se trata de una obra humana: el Espíritu no viene dado por un hombre, sino que es invocado por el sacerdote y transmitido por Dios, y en eso consiste el don de Dios y el misterio del sacerdote (*El Espíritu Santo*, I, 90)»²⁹.

El fin que persigue la liturgia es «hacer presentes los misterios de la redención» para que los fieles los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación (cf. SC 102). Dicho de otro modo, la liturgia «actualiza» los acontecimientos salvíficos haciéndolos presentes aquí y ahora para quienes los celebran. Se produce, por tanto, una cierta contemporaneidad del acontecimiento celebrado. Esto no es obra de la liturgia por sí sola, sino resultado de la presencia y acción del Señor por medio de su Espíritu Santo³⁰.

Nos recuerda el nuevo *Catecismo*:

ROBERTO RUSSO

²⁷ Así lo expresaría san IRENEO: «El Espíritu manifiesta al Verbo...: pero el Verbo comunica al Espíritu» (*La doctrina apostólica*, 5 = *Patrologia Orientalis* 22, 663).

²⁸ *Epiclesis* (del griego: *epikaleo*: invocación sobre, llamar sobre; en latín *in-vocare*). Con la *epiclesis* «la iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora el poder divino para que los dones que han presentado los hombres queden consagrados, es decir, se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se recibe en la comunión sea para la salvación de quienes la reciban» (*OGMR* 55c). De esta forma se mencionan los dos aspectos de la *epiclesis* en la plegaria eucarística: 1) la transformación del pan y del vino, y 2) la santificación de la asamblea.

²⁹ AA. VV., *El Espíritu del Señor* (BAC, Madrid 1997), p. 107. Libro oficial para 1998 elaborado por la Comisión Teológico-Histórica del Comité para el Jubileo del Año 2000.

³⁰ Cf. R. RUSSO, *Presencia y acción del Espíritu Santo en la liturgia*, en: *Soleriana* 9 (1998/1), pp. 103-132..

«La liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El Misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio»³¹.

En el lenguaje teológico, celebrar el pasado haciéndolo presente a través de la acción del Espíritu, es llamado *anámnesis*³² que significa recuerdo. Sólo que el Espíritu en la liturgia no se limita a «recordar» con la Palabra a la asamblea lo que Cristo ha hecho por el pueblo, sino que lo hace actualmente presente en la celebración.

El memorial litúrgico³³ no es mero recuerdo, sino actualización, hace presente lo evocado. Es evocación y actualización a través de signos y símbolos, en modos y grados diversos, de los eventos salvíficos. Tiene una fuerza y una eficacia presencializadora que lo distingue del recordar meramente subjetivo, que se desarrolla solo en la mente del sujeto. Aquí sucede algo extrasubjetivo, por eso es algo realmente actual, que tiene que ver con el hoy de la vida del creyente y de la Iglesia. El memorial jamás se puede reducir a una simple memoria psicológica o intelectual, sino a una realidad histórico-salvífica. Es una categoría bíblico-litúrgica para indicar que el misterio de salvación de Cristo se hace presente y operante en el hoy de la Iglesia.

La *anámnesis* es presencia del hecho salvífico pasado, que siempre incluye la *epiclesis*: invocación a Dios para que actualice él la salvación. Como nos afirma el CEC: «junto con la *anámnesis*, la *epiclesis* es el centro de toda celebración sacramental» (1106).

El hecho salvífico se acerca al presente no con sus circunstancias históricas, sino en su núcleo suprahistórico gracias a la acción del Espíritu.

³¹ CEC 1104.

³² Palabra griega que significa: memoria, memorial, conmemoración, recuerdo.

³³ El memorial litúrgico, puede definirse como «una celebración ritual conmemorativa de un acontecimiento salvífico del pasado, que se hace presente en la celebración y en el cual toma parte la comunidad que celebra el rito» I. OÑATIBIA, *Recuperación del concepto de «memorial» por la teología eucarística contemporánea*, en: *Phase* 70 (1972), p. 336. El concepto se asemeja al de *sacramentum* y al de *re-presentatio*, es decir, es una categoría de actualización, no de mera evocación, pero siempre a través de unos signos y símbolos. Cf. S. ROSSO, «*Memores, Domine, Christi filii tui*». *La memoria litúrgica di Cristo al Padre*, en: *Rivista Liturgica* 82 (1995/1-2), pp. 96-124. El autor hace un estudio de la *anamensis* en diversas oraciones de bendición-consagración de la liturgia romana.

418 Cristo se acerca al tiempo presente y, en él, sus misterios y acciones salvíficas³⁴. Los acontecimientos objeto de la celebración memorial son irrepetibles en sí mismos y en sus coordenadas históricas, no así en su dimensión profética y en su poder de actualización para cada generación que los celebra³⁵.

Los acontecimientos salvíficos por ser históricos, han sucedido *ephápax*³⁶, esto es una sola vez. La vida histórica de Jesús y sobre todo, el misterio pascual de su pasión, muerte y resurrección, que es lo que la liturgia celebra, ha sido algo temporalmente único, ocurrido una sola y de una vez para siempre. Pero, el acontecimiento de la entrega de Jesús, realizado en la cruz «una sola vez» y para siempre es perpetuado en la proclamación de la Cena realizada por los discípulos «cuantas veces» se reúnan para comer el pan y beber el cáliz, como dice san Pablo: *Cuantas veces (= osakis)*³⁷ *coman de este pan y beban de este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que vuelva (1Co 11,26)*. Es lo mismo que contemplamos en la oración sobre las ofrendas del domingo II del Tiempo Ordinario: «Cada vez que celebramos este memorial del sacrificio de Cristo se realiza la obra de nuestra redención». Siempre que (= *quoties*, en el texto original latino), o cada vez que, celebramos el sacrificio redentor de Jesús mediante los gestos y palabras del memorial, se actualiza (= *exercetur*) la obra de nuestra salvación.

Contrasta fuertemente la irrepetibilidad del acontecimiento salvífico y la repetición del rito. Este último implica reiteración y presencia una y otra vez de la eficacia salvífica del acontecimiento³⁸. Como dice el texto anteriormente citado del *Catecismo*: «El Misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite, son las celebraciones las que se repiten». No se repite

³⁴ El concepto de *memorial* es uno de los factores esenciales de la doctrina de Odo Casel, en dependencia del pensamiento y del vocabulario de los Santos Padres: cf. B. NEUNHEUSER, *Liturgia e «memoria» nel pensiero caseliano*, en: *Rivista Liturgica* 77 (1990), pp. 435-448.

³⁵ J. LÓPEZ MARTÍN, *Acontecimiento y memorial en la celebración de la Iglesia*, en: *Nova y Vetera* 24 (1987), pp. 171-184; el mismo artículo posteriormente fue incluido como un capítulo del libro: IDEM., *En el espíritu y la Verdad* 2. *Introducción antropológica a la Liturgia = Agape 5/2* (Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1994), pp. 63-99 (bibl.).

³⁶ *Ephápax*: *ápax* = una sola vez; *ephápax* = de una vez por todas.

³⁷ *Osakis*: partícula circunstancial, como *ephápax*, que significa: cada vez que, cuantas veces.

³⁸ Cf. C. GIRAUDDO, *La irrepetibilidad del acontecimiento fundador y la repetición del rito: la mediación del signo profético*, en: *Selecciones de Teología* 93 (1985), pp. 20-23.

la Pascua: se nos acerca como gracia nueva cada vez que proclamamos la Palabra y celebramos los sacramentos.

El Espíritu es invocado en la *epiclesis* para que con su presencia dinámica haga real y actual la acción de Cristo mediante el sacramento. Esta acción comienza ya con la palabra de Dios, proclamada, que es eficaz (SC 7), pero culmina en la liturgia sacramental á través de sus signos, de su asamblea y la concreción que tiene la acción sacramental. La SC recoge esta doctrina a través de una categoría que repite a menudo al hablar de la acción litúrgica: el verbo *exercere* (SC 2,6 y 7) que significa que la liturgia actualiza lo que celebra³⁹:

3. Referencias al «Padre» en la liturgia eucarística

La liturgia nos hace celebrar la fe eclesial con su lenguaje característico: *el mistagógico*⁴⁰. Un lenguaje distinto del teológico o del catequético. La liturgia nos introduce en el misterio de Dios con la fuerza pedagógica que posee la celebración. No pretende enseñar ni probar, sino que nos comunica el misterio que celebramos sumergiéndonos en él. La mistagogía «pretende introducir en el Misterio de Cristo, procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los «sacramentos» a los «misterios»» (CEC 1075). El lenguaje de la liturgia se acerca más al lenguaje bíblico que al de los manuales o de los catecismos, más al tono contemplativo y lírico que al catequético, aunque tenga mucho de catequesis y de teología⁴¹.

En nuestro caso, no nos habla de Dios proponiéndonos doctrinas o definiciones: nos hace dirigirle la palabra. En vez de hablar de Dios en tercera persona, nos invita a hablarle en segunda persona. Vamos a estudiar el lenguaje que la celebración eucarística usa para dirigirse al Padre⁴².

³⁹ Cf. L. MALDONADO, *La homilía: Predicación. Liturgia. Comunidad* (Ed. Paulinas, Madrid 1993), pp. 98-99.

⁴⁰ Cf. R. RUSSO, *La mistagogía: la liturgia nos guía e introduce al misterio celebrado*, en: *Soleriana* 5 (1996/1), pp. 41-62.

⁴¹ Sobre la temática del lenguaje litúrgico cf. J. LLOPIS, *El lenguaje litúrgico y sus problemas*, en: *Phase* 230 (1999), pp. 127-136. El autor plantea el problema y dibuja líneas de solución haciendo una apología de un lenguaje más poético y simbólico.

⁴² En esto sigo muy de cerca el magnífico estudio sobre cómo hablamos a Dios en nuestra liturgia, sobre todo al celebrar la Eucaristía de: J. ALDAZÁBAL, *El Dios Padre a quien oramos en nuestra liturgia cristiana*, en: *Phase* 230 (1999), pp. 101-126.

El lenguaje de la Eucaristía diaria -el Ordinario de la Misa- refleja una comprensión muy rica del protagonismo de Dios Padre.

En los diversos **saludos** posibles, el presidente nos recuerda «el amor del Padre», «la gracia y la paz de parte de Dios nuestro Padre», «la paz, la caridad y la fe de parte de Dios Padre», «el Dios de la esperanza que nos colma con su alegría y con su paz», «la paz y el amor de Dios, Nuestro Padre», «el Dios de la vida». La respuesta del pueblo suele ser «y con tu espíritu», pero también puede ser, según el Misal, «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo». Por lo tanto, el sacerdote, saludando a la comunidad, nos desea ya desde el comienzo el amor, la gracia, la paz, la esperanza y la alegría de Dios Padre.

Para el **acto penitencial**, el presidente invita a confiar en la bondad de Dios: «invoquemos con esperanza la misericordia de Dios», «la misericordia del Padre». La confesión general de la comunidad va dirigida a él: «yo confieso ante Dios todopoderoso», y lo mismo hacen otras posibles respuestas: «muéstranos, Señor, tu misericordia», así como la conclusión del sacerdote: «Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros...»

En las oraciones del rito de la **aspersión**, con que puede empezar la Eucaristía de los domingos, se habla de Dios sobre todo como de «Dios todopoderoso y eterno» (hasta siete veces), pero también se recuerda que él es «fuente y origen de la vida del alma y del cuerpo», o que es «nuestro Padre» y «creador de todas las cosas».

En el **Gloria** alabamos a Dios por su grandeza y su poder: «Gloria a Dios en el cielo... por tu inmensa gloria te alabamos... Señor Dios, rey celestial, Dios Padre todopoderoso». También recordamos su bondad: «y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor».

En el **Credo** expresamos nuestra fe, sobre todo, en Dios Creador: «creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible».

El mismo matiz de Creador es el que se recuerda en la **presentación de los dones**, dirigiendo a Dios una bendición sobre el pan y el vino: «Bendito seas. Señor, Dios del universo... por este pan... por este vino».

Con el **Padrenuestro** empezamos a prepararnos próximamente a la comunión. El presidente nos invita a decir a Dios, con confianza de hijos, la oración que nos enseñó Jesús, llamándole Padre, porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» y, por eso, «llenos de alegría por ser hijos de Dios», «nos

atrevernos a decir» el Padrenuestro, la oración más característica del cristiano.

La **bendición** solemne con que termina a veces la Eucaristía suele tener color trinitaria. Del Padre se explicitan algunas cualidades muy completas. Si la celebración había comenzado con unas expresiones tan positivas en el saludo, termina aún mejor: «el Dios poderoso y rico en misericordia los ilumine», «el Dios de bondad infinita», «el Dios fuente y origen de toda bendición», «el Dios que los llamó de las tinieblas a su luz admirable», «Dios Padre misericordioso», «el Dios Padre de misericordia», «la paz de Dios que sobrepasa todo juicio», «el Dios todopoderoso los bendiga con su misericordia», «el Dios de todo consuelo», «el Dios de la paz», «el Dios de toda gracia», «el Dios, gloria y felicidad de los santos», «Dios, Nuestro Padre», «Dios, Señor del cielo y de la tierra».

3.2 La Plegaria Eucarística

Un lugar privilegiado de nuestra teología y de nuestra fe es la Plegaria Eucarística⁴³.

a) Repasando los más de cien **prefacios** del Misál romano, se ve el lenguaje con que nos referimos a Dios en esta alabanza inicial: «Señor Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno» es la invocación más repetida, nada menos que en ochenta y tres prefacios; siete veces se le llama sin más «Señor», cinco veces, «Padre Santo»,

Luego aparecen una serie de diferentes expresiones sobre lo que es Dios Padre para la comunidad cristiana: a veces, subrayando su misericordia: «Padre rico en misericordia», «Padre Santo y misericordioso», «Padre Santo, Dios de misericordia y de paz», «Padre Santo, Dios omnipotente y misericordioso», «Dios de misericordia, Señor todopoderoso»; otras veces, su condición de Creador, origen de la vida y causa de todo bien: «principio y fin de todo lo creado», «Padre Santo, fuente de la verdad y de la vida», «Padre Santo, fuente y origen de todo bien», «de quien procede toda paternidad», «Padre Santo, fuente de la vida y de la alegría», «Padre Santo, Dios todopoderoso, Pastor eterno».

⁴³ Cf. el magnífico estudio de J. M. ROVIRA, *Dios, el Padre, en las Plegarias Eucarísticas*, en: *Phase* 229 (1999), pp. 11-30.

b) Las cuatro Plegarias más oficiales del Misal insisten en las mismas expresiones: «Padre» (nueve veces, sobre todo en la III y la IV), «Señor» (3), «Dios poderoso» (2), «Padre misericordioso» (2), «Padre Santo» (5: sobre todo en la IV), «Padre de bondad». El nombre de «Padre» aparece con más frecuencia en las nuevas Plegarias que en la antigua.

La aclamación con que la comunidad subraya el prefacio del presidente, el Sanctus, se fija sobre todo en la grandeza de Dios como creador del cosmos: «Santo es el Señor, Dios del Universo... llenos están el cielo y la tierra de tu gloria».

Cuando la Plegaria IV hace un resumen de la Historia de la Salvación, presenta una figura realmente dinámica y favorable de Dios Padre: «vives para siempre tendiste la mano a todos... tú solo eres bueno y la fuente de la vida hiciste todas las cosas con sabiduría y amor... no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos... y tanto amaste al mundo, Padre Santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo...»

c) La Plegaria Eucarística V (a,b,c,d), tomada de la Iglesia suiza, que la había compuesto en 1974, tiene un lenguaje sobre Dios tal vez aún más cercano a nuestra sensibilidad actual.

Se le llama, por una parte, con términos que apuntan a su poder y su trascendencia: «Padre todopoderosos», «Dios santo y fuerte», «Dios invisible», «Dios del Universo». Pero también con otros que manifiestan su cercanía: «Padre», «Señor y Padre nuestro», «Padre de bondad», «Padre Santo», «Padre de misericordia», «Padre fiel y lleno de ternura».

Alaba a Dios por la obra de la creación: «Te bendecimos porque has creado todas las cosas y nos has llamado a la vida» (V a). Pero, sobre todo, por su actuación a lo largo de la historia salvífica: «guiaste a Israel, tu pueblo, con mano poderosa y brazo extendido a través de un inmenso desierto; hoy acompañas a tu Iglesia peregrina dándole la fuerza de tu Espíritu» (V a); «tanto amaste al mundo que le has entregado a tu Hijo» (V c).

Insiste mucho en su cercanía: «Tú nunca nos dejas solos, te manifiestas vivo y presente en medio de nosotros» (V a); «Padre Santo, tú estás siempre con nosotros en el camino de la vida (V abcd)»; «diriges con sabiduría los destinos del mundo y cuidas con amor de cada uno de los hombres» (V b); «por eso, Padre, porque tu amor es grande para con nosotros, te damos gracias» (V b); «como un padre siente ternura por sus hijos, así tú sientes ternura por tus fieles» (V c).

d) En las dos **Plegarias sobre la Reconciliación** es lógico que abunde más la alabanza al Dios del amor y la misericordia: «no dejas de llamarnos a una vida plenamente feliz: tú, Dios de bondad y misericordia, ofreces siempre tu perdón... Por eso cantamos la grandeza de tu amor y proclamamos la alegría de nuestra salvación... Desde el principio del mundo haces cuanto nos conviene para que seamos santos como tú mismo eres santo... Nos amaste hasta el extremo... Dios fiel y verdadero... Mira con amor, Padre de bondad, a quienes llamas a unirse a ti...» (I), «Dios nuestro y Padre todopoderoso... Padre que gobiernas el universo... Dios Padre nuestro... Señor. Dios nuestro... Padre Santo» (II).

e) Un caso particular son las **tres Plegarias para las Misas con niños**. Su lenguaje, sin ser «infantil», es más concreto, se basa en categorías que pueden entender más fácilmente los niños y, sobre todo, en las actuaciones de Dios, más que en sus cualidades abstractas.

Los nombres que más se repiten en estas tres Plegarias son «Padre Santo» (4), «Padre bueno» (4), «Dios y Padre nuestro» (2), «Señor y Dios nuestro», «Padre que estás en el cielo». Se insiste mucho en lo que Dios ha hecho por nosotros: «Te alabamos por todas las cosas bellas que has hecho en el mundo y por la alegría que has dado a nuestros corazones. Te alabamos por la luz del sol y por tu Palabra que ilumina nuestras vidas. Te damos gracias por esta tierra tan hermosa que nos has dado, por los hombres que la habitan y por habernos hecho el regalo de la vida. De veras, Señor, tú nos amas, eres bueno y haces maravillas por nosotros. Por eso todos juntos te cantamos». «Tú, Señor, te preocupas siempre de nosotros y de todos los hombres y no quieres estar lejos de ellos. Tú nos has enviado a Jesús, tu Hijo muy querido... Padre, tú que tanto nos amas... A ti Señor, que nunca olvidas a nadie, te pedimos...» (I).

«Tú nos amas tanto que has hecho para nosotros este mundo inmenso y maravilloso. Tú nos amas tanto que nos das a tu Hijo, Jesús, para que él nos acompañe hasta ti. Tú nos amas tanto, que nos reúnes con Jesús como a los hijos de una misma familia... Por este amor tan grande queremos darte gracias». Y a cada estrofa van contestando: «Gloria a ti, Señor, porque nos amas» (II).

«Te damos gracias, Señor. Tú nos has creado para que vivamos para ti y nos amemos los unos a los otros... para que podamos conocerte, amarte y vivir siempre contigo... porque en tu amor creaste el mundo... porque haces cosas maravillosas para damos a conocer lo bueno que eres... Como Padre bueno tienes paciencia con los que caen en el pecado y esperas que se conviertan y sean mejores... Por eso, Padre, estamos contentos y te damos gracias» (III).

El Consejo episcopal latinoamericano (CELAM) elaboró unos: «Criterios y reflexiones pastorales» para el Año dedicado a Dios Padre con el deseo de que puedan ser de utilidad a las Conferencias Episcopales y a las Iglesias particulares de América Latina y el Caribe. De dicho documento transcribimos dos iniciativas pastorales referidas a la «Vida litúrgica y espiritual» que están en relación a nuestro tema⁴⁴. Las siguientes sugerencias litúrgicas se orientan a destacar posibilidades que nos da la pastoral litúrgica ordinaria.

4.1 El nombre de Dios

Antes de entrar en campos específicos de la pastoral hay una sugerencia introductoria. Tiene que ver con el lenguaje. Durante el año dedicado al Padre, tenemos que volver a designar a Dios con su nombre propio, de lo contrario, contribuimos a hacer del cristianismo una religión teísta y no una trinitaria. Nuestro Dios tiene nombre propio: es Padre, es Hijo - Jesús, Jesucristo - es Espíritu Santo.

En consecuencia proponemos que durante el año del Padre no usemos la palabra Dios, así genérico, sino que hablemos de *Dios nuestro Padre, el Padre Dios, el Padre de Jesucristo, o simplemente, el Padre*. Si sólo lográramos poner en práctica esta iniciativa, el sólo hecho sería una profunda catequesis sobre el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

4.2 La oración litúrgica

La inmensa mayoría de las oraciones e himnos litúrgicos se dirigen al Padre, por Jesucristo, en el Espíritu. Rara vez hay oraciones dirigidas a Jesús y más escasas aún, las dirigidas al Espíritu Santo.

Siguiendo el sentido de la primera propuesta, sugerimos que, en su encabezamiento, evitemos usar el nombre *Dios* solo, por las razones ya expresadas, especialmente en las Eucaristías dominicales y en los Bautismos, Matrimonios y exequias, en que suele haber mucha gente que no participa regularmente de la comunidad.

⁴⁴ CELAM, *El año dedicado a Dios Padre. Criterios y reflexiones pastorales*, en: *L'Osservatore romano* n. 33 del 14 de agosto de 1998, edición semanal en lengua española, pp. 6-8, aquí p. 7.

También sugerimos evitar el nombre Señor indistintamente para Jesucristo y para el Padre, especialmente en la eucología. Ser más precisos con los nombres de las Personas de la Santa Trinidad tiene un indudable valor pastoral.

Conclusión

En la liturgia el Padre es fuente y fin: todo viene de Dios Padre y tiende a Dios Padre. El Padre aparece como origen y meta, el Hijo como el Mediador y Sumo sacerdote, el Espíritu como motor y dador de vida.

En la liturgia todo viene del Padre, por el Hijo y en el Espíritu, y vuelve al Padre, por medio del Hijo y en la presencia animadora del Espíritu: «*a Patre, per Filium, in Spiritu... ad Patrem, per filium, in Spiritu*». Toda oración litúrgica se dirige *al Padre por* medio de Jesucristo, nuestro Señor, *en* la unidad del Espíritu. De este modo la plegaria litúrgica (bendición ascendente), como expresión de la acogida y de la respuesta de los hombres a los dones de Dios (bendición descendente), cierra el círculo de la bondad divina, que llega a nosotros *por* Jesucristo y *en* el Espíritu.

En la Plegaria Eucarística I, el Canon romano, aparece de un modo plástico este doble movimiento descendente y ascendente desde el Padre y hacia el Padre. La doxología final, que es la alabanza ascendente, es preparada por la afirmación de que todo viene de Dios:

↓
 Por Cristo, Señor nuestro,
 por quien sigues creando todos los bienes,
 los santificas, los llenas de vida.
 los bendices y los repartes entre nosotros.
 (descendente)

↑
 Por Cristo, con él y en él,
 a ti, Dios Padre omnipotente,
 en la unidad del Espíritu Santo,
 todo honor y toda gloria
 por los siglos de los siglos
 (ascendente). Amén

C. C. 12076.
 Montevideo.
 Uruguay